

# La frontera entre el mundo anglosajón y el hispano: ¿es América Latina Occidente?

EMILIO LAMO DE ESPINOSA

*Facultad de Ciencias Políticas y Sociología  
Universidad Complutense de Madrid*

Debo confesar que, si estoy aquí, es porque mi buen amigo Eduardo Garrigues (el verdadero cerebro que se esconde tras esta reunión) consideró que yo tenía algo relevante que decir. No estoy del todo seguro de que así sea, pero por suerte me toca intervenir tras la brillante exposición del profesor Varela sobre los estereotipos españoles, así que me limitaré a seguir la línea marcada por este. Lamentablemente, gran parte de lo que ha dicho sobre España también puede aplicarse a América Latina.

\*\*\*

¿Es España parte de Europa, de Occidente? ¿Puede hablarse de una civilización hispánica distinta de la civilización occidental? Asimismo, ¿podría considerarse Occidente a América Latina? ¿A quién nos referimos al hablar de Occidente o de la civilización occidental?

Estas preguntas son similares en muchísimos aspectos y guardan una estrecha relación. De hecho, si introducimos en el buscador de Google (la memoria viva de la humanidad) las palabras «Spanish Civilization» obtendremos cientos de entradas, normalmente sobre cursos impartidos en las principales universidades americanas con títulos como «Spanish Civilization and Culture». En estos cursos puede aprenderse acerca de la existencia de una cultura española caracterizada por arquetipos humanos universalmente conocidos como Don Quijote, Don Juan o Carmen, por las corridas de toros, por celebraciones populares como la Semana

Santa, los San Fermínes o las fiestas de Moros y Cristianos, por el flamenco y las guitarras, por la artesanía e incluso por los gitanos. Algunos llegan incluso a incluir peculiares costumbres políticas como la «guerrilla» o el «pronunciamiento», o económicas como el «vuelva usted mañana» o la autarquía, o lo que los británicos denominan las «prácticas españolas», como la siesta. No me estoy inventando nada, me limito a citar el programa de un curso titulado «101 Spanish Civilization and Culture».

Asimismo, si buscamos «Latin American Civilization» obtendremos cientos de entradas en las que se celebran las peculiaridades de la cultura latinoamericana con respecto a Occidente, empezando por la época precolombina, pasando por el período de la Independencia y llegando hasta nuestros días. Obviamente, también existen libros sobre la civilización latinoamericana como la conocida *History of Latin American Civilization* editada por Lewis Hanke (Londres: Methuen, 1969) o la obra *Keen's Latin American Civilization: History and Society, 1492 to the Present* (Benjamin Keen, Robert Buffington y Lila Caimari, editores, Westview Press, 2004), un clásico editado por primera vez en 1955 y reeditado en numerosas ocasiones, y sin duda una de las obras más leídas (por no decir la más leída) al hablar de la historia de Latinoamérica. Y cito estas dos obras, de entre muchas otras, porque Keen y Hanke sostuvieron un famoso debate sobre la naturaleza de Latinoamérica pero sin rechazar, ni siquiera debatir, la denominación de «civilización».

Si buscamos las entradas generadas por la expresión «North American Civilization» o, sencillamente, «American Civilization», encontraremos referencias a la cultura inca, maya, azteca, es decir, a las culturas precolombinas. La actual «civilización» americana, es decir, la cultura estadounidense, la cultura norteamericana, es sencillamente Occidente. Está claro.

Pero entonces, ¿a qué se debe esta falta de simetría? ¿Tiene algún sentido?. Permítanme aclararles que, al hablar de «civilizaciones», entiendo simplemente una gran familia cultural. Ése era el significado dado a esta palabra, por ejemplo, por Taylor, y es el significado que se le da actualmente también en los libros de Huntington. Según este autor, *una civilización es la entidad cultural más amplia. (...) Es el agrupamiento cultural humano más elevado y el grado más amplio de identidad cultural que tienen las personas, si dejamos aparte lo que distingue a los seres humanos de otras especies*. Soy perfectamente consciente de que los denominados estudios civilizacionales tienen una tradición distinta, ya que consideran que esta palabra hace referencia al dominio tecnológico del mundo material, frente a la cultura, que haría referencia a los aspectos inmateriales o espirituales. Mi maestro, el sociólogo Robert K. Merton, heredó este segundo significado de Alfred Weber, por ejemplo. Como no quiero confundirles con los distintos matices y debates sobre el significado de estas dos complejas palabras, «cultura» y «civilización», utilizaré «cultura» en su sentido antropológico habitual, es decir, como los hábitos, las costumbres o las prácticas habituales aprendidas por los miembros de una sociedad, y «civilización» como una gran familia cultural. Así definido, este concepto no resulta difícil de utilizar, ya que normalmente dispo-

nemos de al menos dos identificadores claros de las civilizaciones: la religión, que siempre incluye una visión del mundo (*Weltanschauung*) y, por tanto, una ontología particular; y una familia lingüística vinculada normalmente a un determinado tipo de escritura.

Dicho esto, la conclusión es que algunas personas argumentan que España y/o Latinoamérica pertenece(n) a una familia cultural distinta a la de Occidente y/o Norteamérica, y por tanto se plantea la siguiente pregunta: ¿Es Latinoamérica otra civilización? ¿Pertenece a otra familia cultural?

Empezaré hablando brevemente de España antes de pasar a Latinoamérica.

\*\*\*

Puesto que, en realidad, la cuestión de la naturaleza de la civilización latinoamericana está, a mi entender, estrechamente relacionada con la de la identidad europea de España, es un debate ya muy antiguo que presenta al menos dos vertientes. La visión ilustrada, datada del siglo XVIII, presenta a España como un país que no contribuyó en absoluto a la civilización occidental, sino que más bien fue una rémora anclada en un pasado premoderno, prerracionalista, una idea que, paradójicamente, se vería posteriormente reforzada por la visión romántica de España del siglo XIX, ya que, para Dumas, al igual que para Bizet y muchos otros (como Washington Irving y hasta Hemingway), Europa comenzaba en los Pirineos y España era un país más oriental que occidental.

Estas dos grandes visiones, estas dos grandes imágenes de España, una datada del siglo XVIII y la otra del XIX, coinciden, por motivos bastantes contradictorios, en que España no es Europa ni Occidente, o al menos no por completo. Consideran que es mucho menos (aún no ha conseguido convertirse en un país moderno «civilizado», según la visión romántica) o mucho más (es, por decirlo de algún modo, la reserva espiritual de Occidente, como le gustaba decir a Franco, por ejemplo).

Obviamente, el problema es que esta visión también fue aceptada por nosotros, los españoles, y no solo por los ciudadanos de a pie, sino también por historiadores, pensadores y filósofos como Ortega y Gasset. El historiador Vicens Vives lo expresó claramente cuando habló de *la incapacidad de España para seguir el curso de la civilización occidental en sus aspectos económicos, políticos y culturales (capitalismo, liberalismo, nacionalismo)*. España era una sociedad apartada de Europa.

Fueron necesarias una transición política de éxito y una modernización social, económica y cultural acelerada, es decir, una clara y marcada europeización de España, para entender algo que resultaba evidente: que siempre habíamos sido europeos, y que lo sorprendente no era la respuesta, sino la pregunta planteada en sí, que incluso nosotros habíamos aceptado como una pregunta pertinente que merecía ser debatida.

Recordaré una observación formulada por Zubiri, un pensador español, que dijo que los griegos y los romanos no eran nuestros clásicos, sino que nosotros éramos, de hecho, griegos y romanos. Una idea muy inteligente. Sabemos que Roma desapareció, y sin duda esto es lo que sucedió en el ámbito político. Pero permítanme recordarles algunos sencillos hechos. Nosotros, los españoles, hablamos latín, latín

vulgar pero latín; nuestro Derecho sigue siendo, esencialmente, Derecho romano; nuestra religión es la religión oficial del Imperio romano; nuestras familias siguen las costumbres y los hábitos romanos; nuestra agricultura es romana, y cuando yo era joven los agricultores españoles aún usaban el arado romano; y nuestra arquitectura y nuestro urbanismo son romanos también. De hecho, el territorio de España no era colonia romana, sino parte de la propia Roma. Incluso nuestro nombre es un nombre romano, Hispania. También ni nombre, Emilio, es un nombre romano. Como dijo Zubiri, Roma, los latinos, no son nuestros clásicos; en más de un sentido nosotros somos latinos, de forma que la cultura española puede entenderse como una cultura greco-latina actualizada, moderna (o, si prefieren decirlo de otro modo, tardía). Fuimos romanizados radicalmente, casi por completo, y España (al igual que Italia) hace que sea como si Roma siguiera viva en el siglo XXI.

Es evidente que en la actualidad nos gusta jugar con la idea romántica propugnada por Américo Castro en su famoso libro acerca de las tres culturas de España: cristiana, musulmana y judía. Se trata de una idea posmoderna y nos gusta reflejarnos en ese espejo. Es una idea políticamente correcta, una Alianza de Civilizaciones. En cierta medida es una idea cierta, pero solo en cierta pequeña medida.

Esto puede observarse claramente si comparamos las dos delimitaciones, las dos fronteras, de Europa, de la civilización cristiana: la oriental y la meridional. La frontera oriental sigue siendo una frontera continua que va avanzando progresivamente de la Roma occidental hacia el este, pasando por la Roma oriental, bizantina (la Iglesia ortodoxa) y un islam occidentalizado (es decir, Turquía) antes de fundirse por completo no con otra cultura, sino con otra civilización, el islam. Aquí no disponemos de ninguna frontera clara, sino de una frontera difusa. Sin embargo, la frontera meridional termina de forma abrupta e incuestionable en Gibraltar. Si España fuera el espacio de tres culturas, hoy en día seríamos algo como la antigua Yugoslavia. Que no lo seamos se debe (para bien o para mal) a los Reyes Católicos.

En resumen, sencillamente no tiene sentido hablar de una civilización hispánica. España es, y siempre ha sido, parte de Occidente.

He creído necesario subrayar esta idea antes de pasar al otro lado del Atlántico ya que, de forma similar, la idea de que Latinoamérica se aleja de Occidente ha sido propugnada en numerosas ocasiones, a menudo por los propios latinoamericanos. Primero para subrayar su identidad de cara a España en el momento de la independencia de las Repúblicas, y en la actualidad para subrayar su identidad de cara al hermano mayor del norte, el neoliberalismo, el consenso de Washington o Dios sabe qué, o incluso para reafirmarse de cara a la civilización occidental.

Yo voy a defender la idea contraria: que Latinoamérica es, y que siempre ha sido, una parte importante de Occidente. E incluso todavía más en la actualidad. Teniendo en cuenta el surgimiento de nuevos países y potencias y el declive de Estados Unidos y de Occidente en el nuevo orden mundial, la plena incorporación de Latinoamérica a Occidente resulta más importante que nunca.

Permítanme ponerles dos ejemplos tomados de dos de los principales pensadores civilizacionales.

El primero es, obviamente, Huntington, el ejemplo más claro de la idea que quiero debatir.

Como es bien sabido, en 1993 Huntington inició un importante debate entre los teóricos de las relaciones internacionales al publicar en *Foreign Affairs* un artículo extremadamente influyente y ampliamente citado titulado *The Clash of Civilizations?* (¿El choque de civilizaciones?). Se trataba de un trabajo que contrastaba con otra tesis sobre la dinámica de la geopolítica de la posguerra fría formulada por Francis Fukuyama en *The End of History*. Huntington amplió posteriormente ese trabajo hasta convertirlo en un libro en toda regla titulado *The Clash of Civilizations and the Remaking of World Order* (El choque de civilizaciones y la reconfiguración del orden mundial), publicado en 1996 por Simon and Schuster.

El autor alegaba que, mientras que durante la guerra fría el conflicto más probable había sido entre el mundo libre occidental y el bloque comunista, en la actualidad lo era entre las principales civilizaciones del mundo. Posteriormente pasaba a identificar ocho civilizaciones: occidental, islámica, china, hindú, ortodoxa, budista, japonesa y, por último, latinoamericana, a las que añadía una posible novena, la africana. Para él, claramente, Latinoamérica no formaba parte de la civilización occidental.

¿Qué es entonces Occidente? Para Huntington, Occidente gira en torno a Europa occidental (en particular la Unión Europea) y Norteamérica, pero incluye también a otros países derivados de Europa como Australia y Nueva Zelanda e incluso a las islas del Pacífico, Timor Oriental, Surinam, la Guayana Francesa y (sorpresa) las Filipinas septentrionales y centrales (¿quizás por ser antiguas colonias de Estados Unidos?).

¿Cuáles son entonces las características de la civilización occidental? El legado de los clásicos, la pluralidad de lenguas, la separación entre la autoridad temporal y la espiritual, el Estado de Derecho, el pluralismo social, el individualismo, la representación política y, sobre todo, el cristianismo occidental, es decir, el catolicismo y el protestantismo.

Sin embargo, la civilización latinoamericana, a pesar de estar estrechamente relacionada con Occidente, incorporaría elementos de la antigua civilización indígena, constituyendo un híbrido entre el mundo occidental y los pueblos indígenas y mostrando una cultura autoritaria y corporativista también presentada por Europa, aunque en menor medida, e inexistente en Norteamérica.

Por tanto, los países latinoamericanos son «países desgarrados» (torn countries) y el hemisferio oscila entre dos extremos: México, América Central y los países andinos, por un lado, donde la población nativa tiene una fuerte presencia, y Argentina y Chile, por otro, donde esta escasea.

En realidad, para Huntington Latinoamérica es algo así como un hemisferio perdido, olvidado en el choque de civilizaciones que enfrenta a Occidente con el islam y la cultura china y al islam con casi todas los demás. La civilización latinoamericana sería un remanso de paz en un mundo de enfrentamientos civilizacionales.